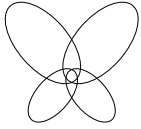


ESPECIAL CRYSALIA.

3 – ISOL.

**LA ODISEA DE LOS
QUE VUELVEN
A SER QUIENES SON.**



Las 9 empresas de inserción de Murcia ofrecen una oportunidad de formación y empleo a muchas personas en riesgo de exclusión y contribuyen al fortalecimiento de la economía social. Facturan casi 3 millones de euros al año y su éxito es que el 84% de las personas que se forman y trabajan en ellas consiguen acceder a empleos en el mercado laboral normalizado. La administración está aún lejos de cumplir con los objetivos de contratación que promueve la ley para con estas empresas. Y falta que la sociedad conozca mejor la calidad de los servicios que prestan y su fin social. En este especial nos acercamos a las historias de las personas que trabajan en estas empresas. Isol cuenta con tres empresas que forman y recuperan para el mercado laboral a personas con patologías de salud mental y/o adicciones. Aquí te presentamos a trabajadoras como Isabel, que vuelven a estar y ser donde siempre soñaron.

Fco. Javier SANCHO MÁS

Podrían ser algo tan cotidiano y comercial como una empresa. Pero se han empeñado en ser algo más. Plataformas para que muchas personas que cruzaron infiernos recuperen su camino de vuelta a la vida que algún día perdieron.

Una de las que volvieron es Isabel Barquero, a la que conocemos junto al área de ocio de Los Juncos, en una de las empresas de inserción (EI) de Isol. De cuando era más joven se recuerda fuerte e independiente. Se quedó embarazada muy pronto, fruto de un amor de verano. Y desde entonces, su sueño era trabajar para criar a su hijo y ayudar a su madre, con quien vivía. Su verdadera vocación fue siempre el trabajo, mantenerse activa, fuerte, alegre. Pero entonces, pasados los 30 años, le pesó la soledad y encontró una segunda pareja.

Su infierno comenzó con el ruido al romperse de un teléfono móvil. A él no le gustaba que ella hablase con otros hombres, aunque fueran amigos. Y el maltrato se incrementó y prolongó durante diez años. Después, la acusaba de quedarse con dinero del negocio que tenían juntos, "aunque yo era la propietaria", dice ahora con una exhalación y una sonrisa medio esbozada de las que salen cuando se mira hacia atrás y se revela la magnitud de una injusticia evidente, que entonces no se veía tan clara, por la bruma del miedo. Por muy fuerte que ella hubiera sido, él la sometió. "Una se acostumbra hasta a eso".

Pero había alguien más a quien proteger. Inventó la manera de que la violencia no tocara a su hijo. Se puso ella de mampara, y lo cubrió. Fingía, ponía buena cara, mitigaba el ruido de todo lo que se rompía por fuera y por dentro. Encubría la tristeza de lo que pasaba al estilo de la película de La vida es bella. Su hijo recuerda pequeños detalles que le hacen comprender, solo ahora, lo que su madre pudo haber sufrido. Pero no fue consciente por el escudo que ella diseñó para él, de pequeño.

Sin embargo, el verdadero viaje para Isabel empezó más tarde, cuando menos lo esperaba. El hijo había crecido. Se marchó a estudiar fuera y ella logró separarse de su expareja. Había conseguido, digamos, su liberación. Y fue entonces, cuando el mundo se le vino abajo, cuando ya parecía terminada la batalla de años, como lo que vivieron junto a la playa aquellos soldados griegos al acabarse Troya.

La de Isabel era una soledad aún más grande porque estaba herida y no la podía llenar. Tenía la bebida al alcance. Ya había recurrido a ella para enfrentar las amenazas y el miedo que él le provocaba cuando convivían (en una casa de campo). Al principio eran unos vasos de vino blanco. Al poco tiempo, ya eran botellas. "De 8 a 10 litros al día", calcula que se podía beber en aquel viaje.

Se iba a anestesiando con vino y televisión. El sufrimiento del pasado parecía haberse llevado todo lo que en su vida tenía sentido. Y a pesar de que el alcohol había matado a su padre cuando ella tenía 10 años, se aferró a la ilusión del olvido. "Ojo", aclara, "que aparte de su problema, mi padre fue un buen padre. Una buena persona". Isabel volvió a vivir con su madre. Y aclara de nuevo: "Ella también, solo habla solo cosas buenas de mi padre".

Isabel, de 56 años, viste un uniforme del área de limpieza de la empresa ADI, que gestiona la Asociación Murciana de Rehabilitación Psicosocial (Isol), una de las más veteranas en constituirse como empresas de inserción (EI) en Murcia.

Isol aglutina a tres EI de sectores diferentes (limpieza y jardinería, carpintería y reformas, e imprenta) que dan trabajo a personas con problemas de salud mental, principalmente, o de índole psicosocial, así como adicciones.

El doctor Luis Pelegrín, presidente de Isol, que además coordina la atención psicológica en la entidad, nos atiende en el parque de ocio Los Juncos, donde Isol tiene sus oficinas, en Molina de Segura. Nos cuenta que Isol surgió, a principios de siglo, cuando un grupo de profesionales detectaron una necesidad en el ámbito de la salud mental que estaba sin cubrir en Murcia: "una entidad que desarrollase espacios de empleabilidad para personas con trastorno mental que quisieran rehabilitarse mediante la incorporación laboral".

Si bien la salud mental es un campo muy extenso, el 70% de las personas atendidas por Isol padecen algún tipo de esquizofrenia, seguido de algo más de un 20% con bipolaridad. “Pero en casi todos se suele dar una patología dual, con la adicción al consumo de sustancias”, aclara Pelegrín.

Se ha incrementado el número de personas con trastornos de la personalidad y, especialmente, “después de la pandemia, se ha reducido la edad de los chicos y chicas que se incorporan con nosotros. Antes, no era tan común ver a un chico o chica de menos de 25 años en estos dispositivos de inserción sociolaboral. Ahora más del 25% de las personas que atendemos son de esa edad”.

Según nos explica Pelegrín, Isol trabaja con tres perfiles de trabajadores por lo que se enfoca en tres líneas de intervención. “En primer lugar, hay personas diagnosticadas con patologías de salud mental, pero con un perfil muy empleable que, con un poco de apoyo, se incorporan a un empleo, de una forma prácticamente autónoma. Otro perfil es el que denominamos empleo con empleo, que es el de aquellas personas que dan su 100%, pero les cuesta un poco más desempeñar una actividad laboral en una empresa normalizada. Son las que necesitan aún acompañamiento, sobre todo en los inicios de su incorporación. Se les ayuda a gestionar, por ejemplo, los nervios que surgen a la hora de asumir responsabilidades nuevas con normas nuevas o hasta la misma gestión del dinero, a lo que no están acostumbradas. La tercera línea de trabajo es la que llamamos empleo tutelado, dirigido a un perfil de personas que, aun dando su 100%, necesitan mucho apoyo para su incorporación al entorno laboral. Todo eso nos llevó a la creación de dos centros de empleo y tres empresas de inserción”, dice Pelegrín.

-Isol emplea a cerca de 50 personas con problemas de salud mental. ¿Es muy difícil que las empresas del mercado normalizado abran sus espacios para trabajadores como los que ustedes forman y contratan?
-En los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística se cataloga a la población con problemas de salud mental como de máxima dificultad en cuanto a la incorporación laboral. Es la que tiene las tasas de empleabilidad más bajas, en torno a un 36%. Pero yo creo que hay mucho desconocimiento aún de lo que significa tener un problema de salud mental. En la sociedad, existe un estigma.



Fermín Andreu, encargado de carpintería, el [centro neurálgico de la empresa Mobiliario&Stand de Isol](#), comenta que cuando se acercan a un cliente particular que aún no les conoce, siempre está la incertidumbre de “cómo será su reacción a la hora de explicar que el trabajo lo van a llevar a cabo un equipo de personas con contratos de inserción” y otras con contratos normalizados.

En las reuniones que el equipo directivo de Isol mantiene con empresarios, según explica Pelegrín, “nos hacen las preguntas habituales: ‘Bueno, ¿me va a hacer algo esta persona? ¿Debo tener miedo? ¿Qué cuidados debo tener?’ Yo creo que todos tenemos muy claro que cuando hay en nuestra empresa una persona con discapacidad física, podemos adaptar un puesto de trabajo a la persona, según su discapacidad, pero no se contempla de esa forma lo que supone incorporar a una persona con discapacidad por salud mental. Desde mi punto de vista, no tiene mucha más dificultad que la de acompañarla en el proceso e ir eliminando esas barreras psicológicas que le hacen tener miedo a lo que está haciendo. Y, muchas veces, ese exceso de sentimiento de responsabilidad, es lo que frena a la hora de ayudar a unas personas que necesitan trabajar y que ponen todas sus ganas y todo su esfuerzo en no fracasar.

-Pero cuando las patologías parecen muy severas, no debe ser fácil conseguir el éxito que se proponen las empresas de Isol. ¿Cómo pueden rehabilitarse al mundo laboral?

-Vamos a ver, yo parto de una base. Una sociedad tiene que ser inclusiva, una sociedad moderna, una sociedad europea tiene que permitir que una persona con discapacidad pueda desarrollar una vida lo más normalizada posible. Creo que existe la posibilidad de incorporar una persona, si esta da su 100% y su actitud es la correcta. Seguramente no será como el 100% de una persona sin discapacidad, pero tenemos con ellas esa responsabilidad. Nosotros por supuesto, como entidad, porque para eso hemos nacido. Pero es responsabilidad de toda la sociedad generar los espacios necesarios para permitir que la persona que sea diferente, o con una discapacidad, desarrolle su vida al 100%. Y si esa vida supone ir un poquito más lento en un puesto de trabajo, o desarrollando una actividad que conlleva tener a otra persona al lado apoyándola, ¿por qué no vamos a hacerlo? Muchas veces, simplemente acompañado y diciendo ‘no pasa nada; lo estás haciendo muy bien’, es suficiente para tener éxito en el aspecto de la salud mental.

Actualmente, Isol trabaja en siete áreas de salud, de las nueve que hay en la Región de Murcia, con sedes en Cartagena, Lorca, Caravaca y la central en Molina de Segura. Allí, en el espacio de ocio Los Juncos, Isabel coordina y acompaña a compañeros y compañeras, con una fuerza innata y una sonrisa que acompaña siempre achicando los ojos claros. Sentada junto a las mesas del restaurante, nos cuenta pormenores del infierno que ella conoció. Una verdadera odisea. Y hablamos de eso, de cómo Ulises en la odisea, se enfrentó a todo por volver a casa, a Ítaca. Entonces, ¿adónde quería volver Isabel?

“Yo era muy activa, y sobre todo me gustaba trabajar”. Y así también recuerda a su madre de joven, con la que sigue conviviendo a sus 88 años. “Mi sueño era trabajar. Soy feliz trabajando”. Incluso, durante la adicción, no faltaba al trabajo. Había adquirido la destreza de ocultar lo de dentro. Hasta que ya no pudo más y esa fortaleza se vino abajo. El viaje por aquella espiral oscura inició en 2017. Su cuerpo se fue debilitando lentamente, acabándose. Y llegó la pandemia.

Isabel es de mente ágil, responde rápido a preguntas difíciles, como si supiera de antemano que las palabras no siempre pueden formular el pensamiento y no hay que darles mucho tiempo. Habla de su paso por el infierno con la necesidad, la conciencia, de contarle porque siempre habrá alguien que escuche. De hecho, suelen invitarla a dar charlas a las mujeres que hoy están en el centro donde ella estuvo. Narra su odisea. Les recuerda que será un trabajo duro; que tendrán que ganarse de nuevo a la familia. “Les digo que, cuando hayan salido de la adicción, no será fácil; que nunca se queden en la casa; que se apunten a un curso por pequeño que parezca; que siempre estén con gente”. En medio de la pandemia, alcoholizada, llegó a sentirse tan débil que “dejaba una llave fuera de la puerta porque sabía que, en algún

momento, me podría pasar cualquier cosa y alguien tendría que entrar para ayudarme". Y sucedió tal cual.

En 2020, ya se había abandonado tanto que no podía ni levantarse. Un largo deshacer de un ser humano, por dentro, por fuera. Después de tres años sumida en la adicción, llegó ese día en que, con la lucidez de la que se habitúa a estar en guardia hasta en el sueño, había imaginado: que alguien tuviera que abrir la puerta con esa llave desde fuera para levantarla del suelo. Y la llevaron al hospital de la Arrixaca.

Allí le dijeron que lo que estaba haciendo era "un suicidio lento". Apenas podía sostenerse en pie. Pero se acuerda bien de otras palabras, las que a veces pueden levantar más que los brazos. "En urgencias, el médico que me atendió primero dijo que no sabía lo que tenía, pero que no me iba a dejar ir. Estaba desnutrida y deshidratada. Fue cuando llamaron a mi hijo. Eso era lo que yo no quería".

Isabel se emociona al recordar aquellos momentos: "Era muy triste porque yo había querido mostrarle siempre que era fuerte. Y que me viera allí, en esas condiciones...".

Tras un mes en el hospital, le salvaron la vida. El médico cumplió: "No la iba a dejar ir". Le ofrecieron entrar a un centro de tratamiento para drogodependencias.

Las palabras del hijo

Su hijo, José Eduardo Barquero, estaba en Noruega cuando recibió la llamada del hospital. Había estudiado Teleco y se fue a trabajar allí como analista de datos para un organismo de cooperación internacional que fomenta oportunidades de trabajo en países en desarrollo. "Sí, ¿verdad?", nos decimos. La vida, a veces, establece estas conexiones que prolongan su relato con una cierta forma de magia. Él no tenía idea de hasta qué punto su madre había tocado fondo. No era extraño. Ella se había adiestrado en ocultar el dolor hacia fuera.

Al llegar al hospital, tras superar todas las dificultades de viajes que imponía la pandemia, según recuerda, comprendió que, cuando llaman a un familiar a pesar de que la paciente se resista, es porque temen un desenlace fatal. Isabel estaba a punto de irse.

Que José Eduardo esté de visita estos días en Murcia es una casualidad afortunada que nos permite hablar con él, sentado en la misma silla que su madre acaba de ocupar frente a la cámara. Cuando habla uno de los dos, el otro escucha sin interrumpir ni dejar de mirarse fijamente. Ha ido a verla a Los Juncos y, de paso, reconocerse en este sol murciano "que tanto se echa de menos en el norte".

A José Eduardo le interesa el trabajo de las empresas de inserción. "He hablado con mi madre sobre la casualidad de que los dos estemos trabajando para un fin muy parecido". José Eduardo valora el papel que Isol ha jugado en la recuperación de Isabel. "Entiendo los beneficios que aportan estas empresas, no solo porque dan una "segunda o una primera oportunidad a personas con problemas, sino por el beneficio que generan en toda la sociedad".

De las palabras del hijo (otra vez las palabras), obtuvo ella el aliento para el próximo paso que debía dar en su proceso.

Dudaba. No sabía si podría superar las etapas de la desintoxicación y desenganche. Y las palabras que necesitaba para quitarse las dudas llegaron en el momento adecuado. "Mamá ahora te necesito más que nunca porque voy a tener un hijo", le reveló José Eduardo. Allí empezó a moverse hacia delante. Un viaje de vuelta, en su particular versión de la cita célebre: "Dame una palabra-palanca y moveré el mundo".

La lucha para librarse de la adicción, reconoce Isabel, "fue lo más duro

que he vivido en mi vida, pero tengo que dar las gracias porque, si estoy aquí, es gracias a esa gente". Allí pasó 18 meses. Después, le llegó la oportunidad de Isol, la de volver a trabajar.

Actualmente Isabel "se viste de madre", como ella lo describe, para trabajar en la empresa ADI de Isol, durante los fines de semana. Tiene "madera de líder", como le han dicho varias veces, y eso le sirve para orientar a compañeras y compañeros de inserción que han atravesado por todo tipo de circunstancias. Le cuentan sus historias, se arriman a ella porque les contagia energía. Esa energía de las posibilidades, de la emoción, del cuando alguien se levanta contra todo pronóstico. Esa energía habita en los espacios de las empresas de inserción.



No es fácil recordar ciertas cosas y, menos aún verbalizarlas. Pero a José Eduardo le ayuda una dicción precisa y una educación exquisita por lo que sus palabras fluyen y suavizan los momentos más duros.

“Cuando mi madre conoció a su expareja, al principio, me puse contento, porque, en cierto modo, me había sentido culpable de que ella se hubiera dedicado por entero a cuidarme y por eso no hubiera tenido ninguna otra relación”.

Se mudaron a vivir con él demasiado pronto. “Mi madre dice que soy muy noble, pero también fui adolescente”, dice José. “Él (su padrastro) era una persona que no había estudiado e imagino que tuvo, a su vez, un padre muy estricto. Yo era buen estudiante, pero él no entendía el tiempo que debía dedicar a mis estudios. De hecho, había tenido un familiar que estudiaba, pero se refería a él despectivamente como “el listo de la familia”.

José Eduardo no se consideraba un rebelde, pero la forma de enfrentarse a la pareja de su madre fue no hacerle mucho caso y obedecer solo a ella. Eso y algunas cosas típicas de la edad, que llevara a la novia a su habitación, por ejemplo, disparaba las discusiones. “Tomé la decisión de irme a vivir con mi abuela y, luego, estudiar en Cartagena, porque pensé que, a lo mejor, el problema era yo. Si yo no estaba, la relación de mi madre podría funcionar”.

Cuando José se fue a estudiar a Cartagena, buscó trabajo de camarero para intentar pagarse los estudios y así evitar que el padrastro reprochase a Isabel que gastara dinero en él. “Mi madre tenía allí amigos que pasaron a ser una segunda familia para mí. Ella pensaba que me había abandonado cuando la necesité, pero me legó esa familia de amigos. Lo que no sabía, confiesa José Eduardo, eran “cosas como las del teléfono móvil (qué él le rompió). Si lo hubiera sabido, habría intentado que mi madre se viniese conmigo”.

Cuando consiguió su primer trabajo en Barcelona, ella se fue con él por un tiempo, pero no consiguieron mantenerse los dos económicamente, así que Isabel regresó con su pareja.

José Eduardo no ha conocido a su padre biológico. De origen iraní, recaló en Barcelona. Se fue a vivir y trabajar a Canadá, y la relación no prosperó. Isabel amaba a aquel hombre, pero no podía dejar a su madre. Más tarde, después de cumplir los 18 años, José Eduardo tuvo una oportunidad de conocerlo en persona, pero “a última hora, me dio miedo. Era un momento en el que aún no manejaba bien el inglés y quería tener una conversación fluida. Tampoco sabía muy bien qué clase de persona me iba a encontrar. Después, le perdí la pista. Sé que tiene otra familia. Mi madre aún conserva las cartas de él”. Se querían, pero en tiempos vitales diferentes.

-¿Cómo definirías a tu madre? -le preguntamos

-Una luchadora. Eso es lo que mejor la define y lo que yo tengo presente también de lo que he aprendido de ella. Incluso en el momento más bajo que tuvo, solo necesitó una pequeña motivación para empezar a luchar. Y seguir adelante.

Isabel está a punto de cumplir los tres años que, según la ley que regula las EI, es el máximo que se puede estar bajo esa modalidad de contrato. Ahora se sabe recuperada, con la confianza que han depositado en ella y, además, quiere ejercer de abuela. Hace muy poco tiempo no se imaginaba estar como ahora. Y ya van más de 4 años sin probar una gota de alcohol.

El primer día para Denis y la terapia laboral de José.

El trabajo de Isol entronca directamente con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, al menos en sus artículos 23 y 25 que se refieren al trabajo, a la salud y al bienestar. La OMS suele recordar en el Día Mundial de la Salud Mental, cada 10 de octubre, que: “todas las personas, sin importar quiénes sean ni dónde estén, tienen derecho a gozar del grado más alto posible de salud mental, lo que incluye el derecho a ser protegido de los riesgos para la salud mental; el derecho a una atención disponible, accesible, digna y de calidad; y el derecho a la libertad, la independencia y la integración en su entorno social”.

Como especialista en salud mental, Luis Pelegrín, de Isol, nos enseña un estudio realizado en coordinación con el Servicio Murciano de Salud en el que se evidencia la mejoría de las personas contratadas en empresas de inserción. Antes de ser contratadas, el promedio de sus ingresos hospitalarios era superior a 11 días al año. El estudio en un total de 58 personas muestra que, un año después de haber entrado al mercado laboral, esos ingresos se redujeron a 1,33 días. El ahorro anual de gastos hospitalarios estimado supone unos 4.950 euros al año por paciente con contrato, teniendo en cuenta que una noche de hospital ronda los 500 euros.

Cuando se traducen en cifras los resultados de unas empresas cuyo valor añadido está en el servicio social y el factor humano, quien escribe lo hace con una especie de sentimiento de traición. Pero no hay que olvidar que al final “estamos hablando de empresas que deben competir con calidad y demostrar que son rentables, también en lo económico”, enfatiza José Manuel García, gerente de las empresas de inserción de Isol y presidente de Crysalia, la federación de las EI de Murcia, quien nos acompaña durante el especial por las diferentes EI y organismos públicos relacionados con su gestión. Él nos lleva a la carpintería de Isol, donde conocemos a Denis Niculiseanu.

Es su primer día de trabajo aquí. Nació en Moldavia y vivió mucho tiempo en Rumanía. Su familia se dispersó por diferentes partes del mundo. Él salió de su país en busca de mejores oportunidades. Al principio la encontró con el contrabando de tabaco. Su español es aún muy básico y se pone muy tenso ante una cámara. En Rumanía también trabajó en una empresa de hierro forjado.

Vino a España con su pareja, pero ha sufrido “depresión”, una palabra que encierra quizá otras afecciones de las que le es difícil hablar. Cuenta la tristeza que sintió por la muerte de su padre, a causa del Covid, en 2002. Cuenta que aprendió a usar la energía para curar dolencias. Cuenta que gracias al trabajo, “ahora espero poder salir adelante”.

Fermín Andreu, encargado de carpintería, se dedicaba, entre otras tareas, al montaje del mobiliario en las tiendas de estaciones de servicio. José Manuel García le pidió ayuda y vino a colaborar con Isol. “Cuando llegué, al principio aquí se hacían piezas de sofá, pero no era algo rentable”. Al buscar un mayor beneficio, empezamos a trabajar con amigos decoradores y constructores. Hubo un punto de inflexión cuando entramos en contacto con la fundación Edelvives y nos encargaron el montaje de una biblioteca en Zaragoza. Subimos ese trabajo a redes sociales y se visualizó muchísimo. Después, empezamos a ofrecer servicios a amigos y contactos que teníamos en el sector de las reformas hasta que nos empezaron a conocer en el mercado por nuestro trabajo. El desafío para Andreu es que “muchos de nuestros empleados nunca han trabajado en carpintería, además de sus problemas de salud mental. Pasan por un proceso de aprendizaje en el que no podemos saturarlos. Pero es como hacer una F.P, práctica y, al mismo tiempo, ofrecer un producto de calidad al público”.

Denis ha recibido las explicaciones de Andreu y ha conocido a varios de sus compañeros.

-¿Cómo te gustaría verte cuando termines tu período de inserción? -Me gustaría ser como Carlos. Saber hacer las cosas como él.

Carlos Bermúdez es responsable de producción. Lleva 3 años trabajando en la carpintería de Mobiliario&Stand de Isol, pero cuenta con más de dos décadas en el sector. Empezó de aprendiz y fue

progresando. Ahora está pendiente de que el trabajo salga adelante y que los nuevos compañeros de inserción aprendan bien el oficio.

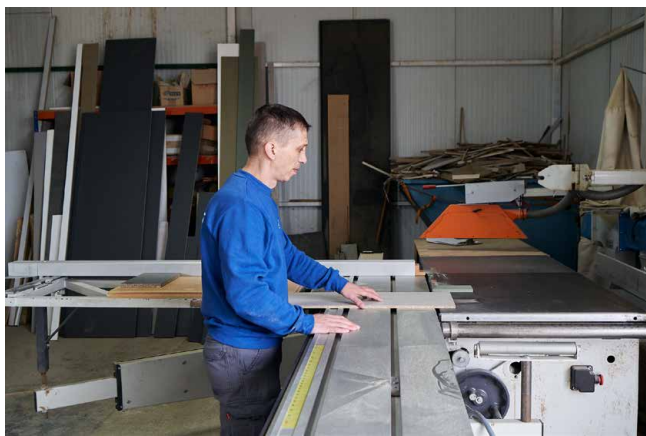
“Lo más bonito es ver a una persona que entra en este sector, sin saber nada y, después de un tiempo, desenvolverse bien. Eso es muy gratificante”. Carlos desconocía el trabajo que hacían las EI con las personas que padecen enfermedades de salud mental.

No hay tanta gente que tenga la oportunidad de trabajar en lo que saben hacer y echar una mano a personas con problemas. Ya ha ayudado a formar a unas siete personas con contratos de inserción. “He aprendido que la gente te sorprende siempre, porque detrás de un problema, de una enfermedad, a veces hay muy buena gente. Y muy capacitada”.

Carlos no emplea ninguna técnica especial para tratar a los compañeros con problemas de salud mental. Les asigna primero las tareas más fáciles y, a medida que aprenden, van asumiendo otras más complejas.

Afirma que, cuando es necesario, se pone firme. “Si se hace una chapuza, se le dice al compañero”. Pero sabe bien que trabaja con una humanidad frágil. Lo bueno, añade, es que “nunca he sido de gritar; con buenas palabras se puede decir todo: lo que sale bien y lo que sale mal. Una enfermedad de salud mental es una enfermedad, pero la gente es más lista de lo que parece”.

Muchos de los trabajadores con los que comparte Carlos la labor de la carpintería están bajo medicación. Algunas veces tienen que ausentarse por no sentirse muy bien. Es parte de las peculiaridades que hacen diferente este lugar.



La actividad de la carpintería es constante para cumplir los plazos con los encargos que les llegan desde particulares a otras empresas de construcción y de reformas. No siempre los trabajadores de inserción consiguen completar el ciclo de formación, por las limitaciones de su propia patología.

Carlos no deja de admirarse ante la cantidad de personas con problemas de salud mental que luchan día a día con sus patologías y, a la vez, tratan de ser productivos.

Es lo que transmite la mirada de José Nicolás, trabajador de inserción en la imprenta de Isol TotalPrint. Lo conocemos en la nave, junto a una cortadora de papel láser. También declara venir de una fuerte depresión a raíz del divorcio con su pareja, según expresa. Hace un año y medio tuvo un brote psicótico, pero buscó ayuda para ello. Ya tenía problemas antes del Covid-19. No salía de casa, así que la pandemia vino a prolongar y profundizar sus problemas. No tiene relación con sus hijos, “siempre están hablando mal de mí”, dice con amargura. Continúa en terapia y el trabajo en TotalPrint le ha dado la posibilidad de volver a tener responsabilidades y cumplir con una agenda y un horario. Ese orden cotidiano que, como afirma el doctor Pelegrín, tiene también un valor terapéutico, y no solo para personas con problemas de salud mental, sino para cualquier persona.



Isabel vuelve a Ítaca

En el centro de rehabilitación, Isabel vio a personas con adicciones de todo tipo. “Puedo decir que he tenido compañeras juezas, cirujanas, abogadas, que venían de sufrir un maltrato severo” y cree que ella era “la menos valiente de todas”. En las terapias reconocían algo en común que habían experimentado durante el tiempo de adicción: “que aquello nos daba el falso valor, la ilusión de enfrentarnos a nuestros maltratadores”. En el fondo, sabían que estaban mal, pero lo ocultaban ante los suyos, porque “siempre nos da vergüenza pedir ayuda a la gente que nos quiere”.

La Isabel de hoy ha vuelto a cuidar de otras personas, como cuando era joven: de su madre, de sus compañeros y, pronto, de su nieto. En su casa, algunas cosas han cambiado. Aquellas que le recuerdan sus años de adicción. Ya no ve la televisión desde el sofá, por ejemplo, porque era lo único que hacía mientras bebía botellas y botellas de vino. A cambio, ahora le encanta ver series coreanas en una tableta mientras desayuna en la mesa de la cocina. Las ve en versión original subtitulada. Y hasta se sabe algunas frases en coreano, de tanto escucharlas.

Hay muchas personas dentro de una sola persona, como “los mundos” que decía Paul Éluard. La mayoría de las veces, las patologías de salud mental son dobles o múltiples, variantes, de ida y vuelta. No hay un solo remedio para ellas, pero el trabajo ha demostrado ser un factor de recuperación, como experimentan en Isol.

Las adicciones y las patologías de salud mental sacan a las personas de la vida por momentos. Momentos que pueden durar años. La lucha con sus frecuentes recaídas es una auténtica odisea.

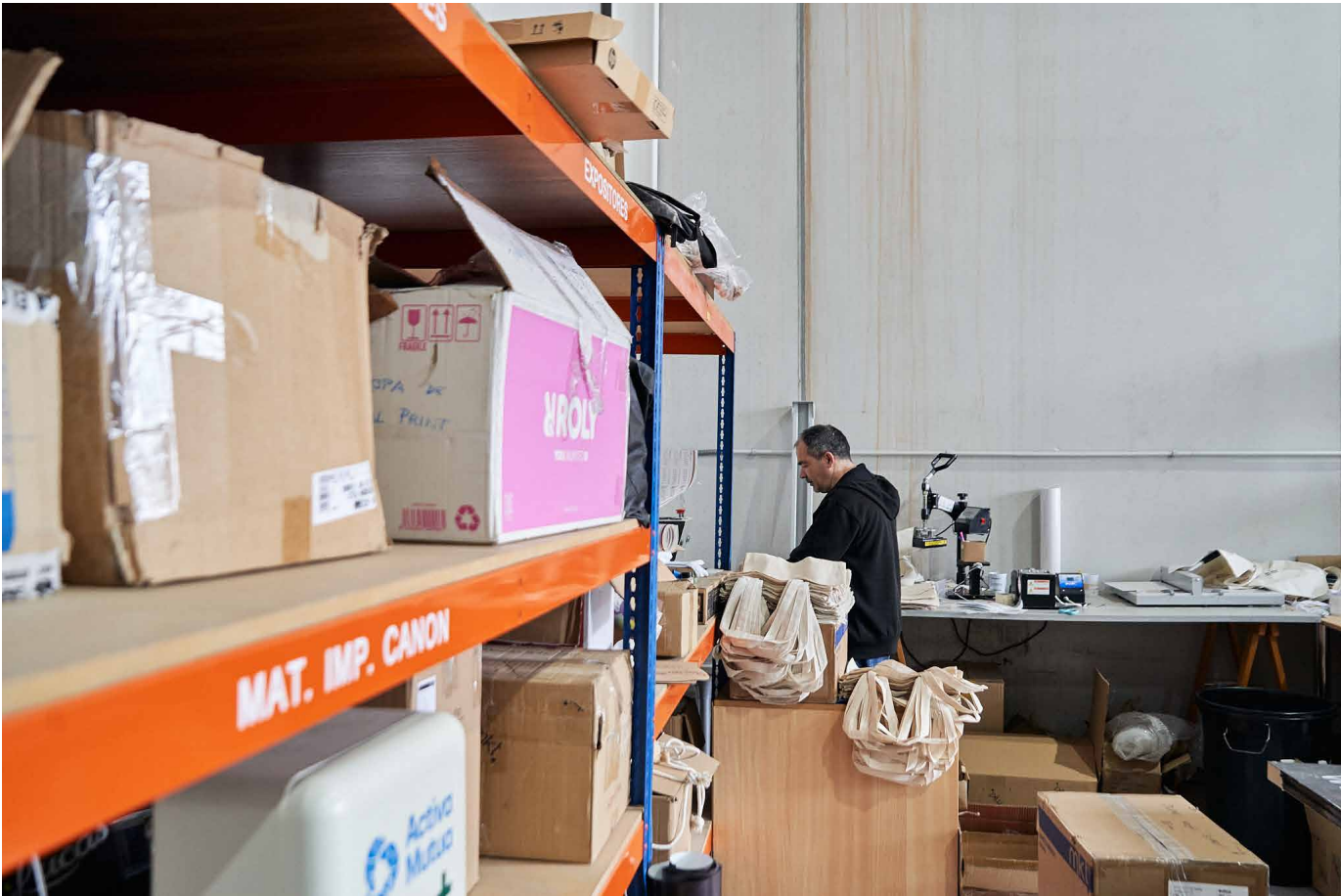
-¿Conoces esa historia Isabel? -nos atrevemos a preguntarle-. ¿La de La Odisea?

-La he oído mencionar, pero no la he leído. ¿Cómo era?

-Es la de Ulises que, después de la guerra, se propone regresar a Ítaca con su familia. Pero el camino se le hace más largo y penoso de lo esperado. Lleno de aventuras. Atraviesa hasta el mismo infierno. Pasa muchos años fuera de su patria. El viaje le cambia tanto que cuando llega a su ciudad, vestido como un mendigo, ya nadie lo reconoce: ni su mujer ni su hijo. El único que sí le reconoce es el perro, muy viejo y agonizante. Pero, finalmente, se revela como el rey que era de aquel lugar. Tú, Isabel, has vuelto también de una odisea, como la de Ulises ¿no crees? ¿Adónde has vuelto?

-Sí. Ahora soy como era hace más de treinta años: libre, independiente, aunque mayor. Ahora lo tengo todo y no me hace falta nada. De joven quería ser y estar como soy ahora. Muy feliz. He vuelto a ser yo.





Más información sobre ISOL (Asociación Murciana de Rehabilitación Psicosocial):

Actividad laboral:

(ADI) Limpieza • Jardinería • Mantenimiento • Medioambiente. Ctra/ chorrico, km 1. 30500 Molina de Segura. Murcia; ISOL

TOTAL PRINT ISOL Ctra/ chorrico, km 1. 30500 Molina de Segura. Murcia. • Impresión gran formato • Rotulación • Vinilado • Publicidad y Merchandising • Eventos

ISOL Mobiliario&Stand. Carpintería y restauración. Polígono Industrial el Saladar C/ Río Argos, s/n 30564 Lorquí Murcia

Este reportaje forma parte del Especial CRYSALIA sobre las Empresas de Inserción de Murcia.

